



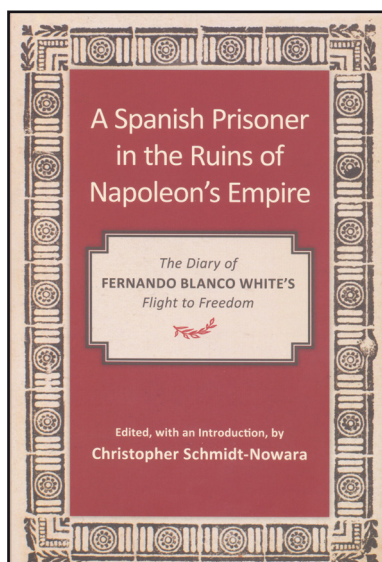
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

BLANCO WHITE, Fernando (2018), *A Spanish Prisoner in the Ruins of Napoleon's Empire. The diary of Fernando Blanco White's Flight to Freedom*, Louisiana State University Press, Baton Rouge (xvii+187 pp.). Edición e introducción de Christopher Schmidt-Nowara (†); prefacio de Beatrice Forbes Manz y Matthew Ehrlich.



Fernando Blanco y Crespo (1786-1849), hermano menor del escritor que pasaría a la historia de la literatura como José María (o Joseph) Blanco White, asume en esta obra hoy editada también el doble apellido de su ilustre pariente. A todos los efectos, Fernando ha sido un subproducto de la imagen de su hermano y este libro le otorga el protagonismo por primera vez. Los papeles dejados a sus herederos en Sevilla formaban un nutrido archivo familiar donde las cartas y papeles de José María eran solo una parte, la única que reclamó el interés por el conjunto. Esa documentación constituyó la columna vertebral del magno y desconcertado trabajo de Mario Méndez Bejarano sobre Blanco White aparecido en 1920. En 1957, cuando Vicente Llorens visitó Sevilla para avanzar en su nunca concluida monografía sobre el escritor, topó con ese fondo por casualidad, algo que narra alborozado en varias cartas, por ejemplo a Jorge Guillén. En 1961, tras unos años de negociaciones en que usó como intermediario a Dámaso Alonso, Llorens consiguió que su Universidad de Princeton comprara por 500 dólares el archivo entero a su última propietaria en Madrid, Margarita Ladrón de Guevara. Este proceso se documenta bien en el archivo personal de Llorens de la Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu. He podido reconstruirlo en un reciente trabajo (Fernando Durán López, «Algo bueno he hecho en mi vida»: Vicente Llorens

y la resurrección de Blanco White», en Fernando Durán López y Manuel Aznar Soler (eds.), *Espejos retrospectivos y avatares anticipados. Estudios sobre Vicente Llorens y otras relecturas de las emigraciones políticas del XIX por los exiliados republicanos de 1939*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2017, pp. 123-179). Ahí puede leerse, por ejemplo, el informe interno de Llorens a su director de departamento justificando el interés de los papeles, que desde entonces se preservan en ese campus universitario de Nueva Jersey (Firestone Library, Blanco White Family Collection), donde numerosos estudiosos lo han aprovechado para sus pesquisas sobre Blanco White.

Varios de estos han mencionado también la existencia allí de un relato de Fernando, escrito en inglés en 1815, que narraba a modo de diario su viaje, entre enero y marzo de 1814, desde la localidad francesa en que penaba como prisionero de guerra (Chalon-sur-Saône) hasta la misma puerta de José María en el nº 67 de Edgware Road, Londres. Pero nadie se había ocupado de este texto y, en consecuencia, Fernando nunca había sido más que una nota al pie en la vida de su hermano. Esta restitución estuvo cerca de malograrse: el historiador Christopher Schmidt-Nowara, que había emprendido la tarea hacía unos cuantos años, falleció prematuramente en 2015, cuando este volumen estaba casi concluido y su publicación comprometida con la editorial, a falta de entregar la versión final. Esta ha sido producida por los dos colegas suyos que firman el prefacio, ajustándose lo más posible a lo que había dejado el difunto profesor; la última mano aplicada por estos sobre el trabajo inconcluso consistió en incorporar las correcciones y citas que Schmidt-Nowara había marcado al revisar su introducción, localizar las ilustraciones previstas y elaborar uno de los varios mapas planeados por el autor. El punto más relevante atañe al texto de Fernando Blanco: redactado en un inglés de principios del XIX por un hablante no nativo, presenta incorrecciones que Schmidt-Nowara había decidido no enmendar, aunque incorporando algunas aclaraciones donde el entendimiento fuera oscuro; ese proceso solo lo había llegado a hacer en una pequeña parte de la transcripción del manuscrito y sus sucesores han aplicado un nivel de corrección incluso menor. Casi nada de eso se anota ni se señala en la edición, de modo que el plano filológico es el que ofrece menor fiabilidad en este volumen.

Schmidt-Nowara era especialista en el colonialismo español en América, historia del esclavismo y temas afines en torno a las relaciones trasatlánticas del mundo hispánico durante la crisis del Antiguo Régimen; también se interesó por los prisioneros de guerra en aquel periodo. Ambas líneas se cruzan en los hermanos Blanco White, ya que el mayor fue una destacada figura en los debates de la independencia hispanoamericana y contra la trata de esclavos y el menor dejó este testimonio en primera persona. Fernando Blanco, en efecto, se alistó con los ejércitos españoles en junio de 1808, pero cayó prisionero en la desbandada subsiguiente a la derrota de Somosierra y la toma de Madrid, en diciembre. Su experiencia bélica fue corta, pues, y larga la del cautiverio (cinco años), que Schmidt-Nowara reconstruye a partir principalmente de las cartas enviadas a sus padres. Pero es su fuga en 1814 el acontecimiento que singulariza su vivencia y le otorga naturaleza «heroica» y por lo tanto susceptible de convertirse en materia literaria. De ahí surge lo que el editor denomina «one of the few Spanish military memoirs of the period, a highly literate, at times funny, and always detailed account of his journey across Europe during the downfall of the first Empire» (p. 17).

Es un relato de viajes escrito a posteriori a pesar de adoptar el nombre de diario y por lo tanto es esa la categoría de escritura en que ha de ser entendido. Fernando Blanco denomina su escrito «this very imperfect sketch of a very tiresome journey» (p. 45) y sin duda acierta: el relato no es demasiado perfecto en ningún sentido y su jornada a través de Borgoña, el Franco Condado, Suiza, Alsacia, Renania, Westfalia y los Países Bajos da

la impresión de haber sido harto fatigosa. Frío invernal, hambre, incertidumbre, carreras a campo través, cansancio, malos lechos y peores transportes por caminos embarrados, cambios de rumbo forzosos, encuentros imprevistos delante o detrás de las tropas austriacas, rusas y prusianas que invadían Francia, continua falta de dinero y peligros mayores o menores en cada recodo de la carretera... de todo eso está lleno el itinerario de los viajeros, que al cruzar la frontera francesa dejan de ser fugitivos y se convierten simplemente en famélicos dispersos a la busca de una vía de retorno a sus casas, sobre un territorio lleno de viajeros semejantes que hormigean en todas las direcciones. Cada búsqueda de alojamiento es una odisea, conseguir un carro peleándose con las autoridades locales una hazaña. Gentes amables y hostiles surgen a su lado por igual, pero cada nuevo día supone una incógnita para el viajero.

En una localidad del Franco Condado el alcalde les engaña para negarles un carro de bueyes y el oficial austriaco al cargo no les respalda: «he [...] had the insolence to say to us that no prisoner was allowed to be conveyed by carts, and that he had gone as a prisoner from France to his country always on foot. I could not help telling him that I could walk as well as he could, and as for being a prisoner I thought I was no more so when I was among the Allies of my country» (p. 58). Esa es la lucha cotidiana del fugitivo: determinar cuál es su derecho militar y su estatuto civil cuando todos se aferran a las urgencias de la guerra y los intereses más crudos. Por mal que se hallen, sus males resultan siempre indiferentes en un océano de premuras y desdichas. Igual que exiliados, refugiados o desertores, los fugitivos habitan el melancólico espacio marginal de las prioridades secundarias, molestas para todos los demás. Y si un antiguo prisionero austriaco de los franceses le desdeña, un antiguo prisionero francés de los prusianos es forzado a alojarlo en Lons-le-Saunier: «My landlord was a young married man who had been in Bonaparte's service against the Prussians and taken a prisoner, consequently he could not bear anybody who spoke German. Nor could he endure to see his country occupied by those who he himself had beaten many times» (p. 60). Poco después, en Champagnoles, se topa con unos húsares franceses que decían haber sido mandados a sus casas por los aliados, pero en realidad eran desertores, que además habían servido en España, donde robaron cuanto pudieron; durmieron en el mismo cuarto y al día siguiente hicieron juntos la ruta. Individuos de todas las nacionalidades con historias semejantes pululan por los caminos a lo largo del viaje. Sendas que se cruzan, soldados que sobreviven y roles que se intercambian: la guerra abunda en gentes desubicadas, desbandadas o aprovechadas, pero eso es siempre mejor que estar muerto o encerrado. A quien le interese en conocer el detalle íntimo de esas desubicaciones en la desangrada Europa napoleónica este diario le regalará un vívido testimonio lleno de pormenores.

Más allá de ese terreno, el hermano menor de José María es un escritor también menor, no particularmente perspicaz, que escribe en una lengua en que no podría lucirse aunque quisiera. Es parco en observaciones sobre gentes, lugares y costumbres, que menciona sin gran abundamiento. Lo más importante cada día es contarnos lo sustancioso o repugnante que fue la cena, lo cómoda o insufrible que era la cama —o el lecho de paja— que cada noche le tocaba en suerte, o lo poco o mucho que calentaba una hoguera. Cuando el grupo se encuentra con una chica, «one of those who follow the armies» (p. 65), se dan una fiesta en la fonda, «by the help of Bacchus and Venus. As for me, I was only indebted to the first, for I was still a philosopher» (p. 66). La aclaración y la reticencia parecen ir destinadas a su amiga Louise Moore y a su hermano José María, los lectores probables del manuscrito, que por razones distintas no estarían complacidos de enterarse de que Fernando se entregaba a los excesos de Venus con una «cantinera». En algún lugar nos ofrece sus impresiones del paisaje o las costumbres locales, en otros nos

describe sucintamente una población, a veces comenta el carácter de algún individuo que participa de su peripecia, pero siempre de forma ocasional y sin una mirada auténticamente perspicaz, ni voluntad de estilo. Algún destello de buen ojo literario reluce de vez en cuando, como al encontrarse con el embajador José García de León Pizarro —sinuoso político y maldiciente memorialista, digno de menor olvido— en Basilea: «We found him in a room filled with trunks, papers, beds, chairs all topsy-turvy. He was wrapped up in his *capa parda* smoking a cigar, surrounded by his secretary, his state messenger and some Spanish officers in the greatest familiarity» (p. 83). Haciendo de sí mismo, inasequible, Pizarro le dio charla junto con sus edecanes, le advirtió contra su hermano (a quien conocía muy bien) y no soltó ni un real, sino que le endosó el gasto a su colega británico. En Friburgo evoca con destreza el mundo decadente de los *émigrés* franceses, huidos ya hacía muchos años de la revolución, pero todavía suspirando por una simple mirada de algún miembro de su idolatrada Casa de Borbón (pp. 94-95).

Este manuscrito postergado es asimismo el testimonio de la vida posible —y no cumplida— de un Fernando Blanco aún joven. Tras los años de guerra y reclusión, y el viaje por Europa, su llegada a Londres, al amparo de los contactos de su hermano (muchas influencias pero muy poco dinero), le permitió pergeñar un plan para quedarse allí y seguir el oficio familiar del comercio, para lo cual había de perfeccionar rápido su dominio del idioma y realizar estudios y prácticas. Escribir un diario bien puede haber sido el consejo de un hermano que consideraba aprender idiomas un compromiso cotidiano y constante por la vía literaria, más que por la inmersión en la comunidad. Schmidt-Nowara conjetura con que su escritura está imbricada en un cortejo amoroso entre Fernando, de veintinueve años, y Louise Moore, de trece e hija de unos estrechos amigos de José María. Una vez que Fernando se instaló en Sevilla, contrajo matrimonio y tuvo hijos, publicar «the hints of a connection to a young English girl could hardly have pleased his wife and family» (p. 20). Mas resulta innecesario concretar tanto: el relato inglés simplemente forma parte de una vida agotada, ya sin posible desarrollo, y de los hábitos ingleses de escritura y lectura, más que de los españoles, mucho más refractarios a exhibir vivencias personales sin atractivos históricos objetivos. Publicarlo en España hubiera sido una excentricidad sin sentido en el desempeño sevillano de una familia que, una vez descartado el díscolo primogénito, brilló siempre por su acendrado convencionalismo.

En efecto, la muerte de su padre en Sevilla en 1816 le convirtió en la persona que tendría que ocupar su puesto. Su vida se recondujo a los estrechos cauces de aquella España, aquella Sevilla y aquella clase social, los mismos de los que había huido despavorido José María Blanco Crespo en 1810, tras años de continua y creciente zozobra. Al desandar el camino desaparecerá aquel Fernando jovial y bienhumorado que amaba la música y la galantería, que conversaba con las jóvenes conocidas en posadas y alojamientos pasajeros, entonándoles canciones en alemán, y que en medio del agotamiento del camino se echaba a cantar para olvidar cuánto le dolían las piernas, «as singing is the thing in the world I should most like» (p. 59). Cualquier momento muerto se puede salvar así, como al aguardar la llegada de un banquero en Ámsterdam junto a una criada que canturreaba: «my flute was always in my pocket so I took it out and began to play the same air with the maid» (p. 152). El diario que ahora sale a la luz es, pues, una vía muerta, la senda desvanecida que llevaba hacia una vida diferente, abierta a otros paisajes y otras posibilidades. Un fognazo efímero que luce por vez primera ante nosotros y que hemos de agradecer al interés y profesionalidad de Christopher Schmidt-Nowara.